

Paul Auster

Un hombre en la oscuridad

Traducción de Benito Gómez Ibáñez



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Man in the Dark
Henry Holt and Company
Nueva York, 2008

Diseño de la colección:
Julio Vivas
Ilustración de Lisa Fyfe

Primera edición: septiembre 2008

© Paul Auster, 2008
c/o Guillermo Schavelzon & Asoc., Agencia Literaria
info@schavelzon.com

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2008
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7485-3
Depósito Legal: B. 28658-2008

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*Para David Grossman
y su mujer Michal
su hijo Jonathan
su hija Ruthi
y a la memoria de Uri*

Estoy solo en la oscuridad, dándole vueltas al mundo en la cabeza mientras paso otra noche de insomnio, otra noche en blanco en la gran desolación americana. Arriba, mi hija y mi nieta están cada una en su habitación, también solas: mi hija única, Miriam, de cuarenta y siete años, que se acuesta sola desde hace cinco, y Katya, de veintitrés, única hija de Miriam, que antes dormía con un joven llamado Titus Small, pero ahora Titus ha muerto, y mi nieta duerme sola con el corazón destrozado.

Luz radiante, y luego oscuridad. El sol fulgurando por todos los rincones del cielo, seguido de la negrura de la noche, el silencio de las estrellas, el viento que agita las ramas. Ésa es la monotonía diaria. Llevo viviendo más de un año en esta casa, desde que me dieron de alta en el hospital. Miriam insistió en que viniera, y al principio estábamos los dos solos, junto con la enfermera que me cuidaba durante el día cuando mi hija se iba a trabajar. Luego, tres meses

después, a Katya se le cayó el mundo encima, y entonces dejó la escuela de cine en Nueva York y se vino a Vermont a vivir con su madre.

Sus padres lo llamaron como al hijo de Rembrandt, ese pequeño de los cuadros, el niño de cabellos dorados y gorro escarlata, el pupilo distraído que no comprende la lección, la criatura transformada en un joven devastado por la enfermedad que murió a los veintitantos años, igual que el Titus de Katya. Es un nombre maldito, un nombre que debería retirarse para siempre de la circulación. Pienso a menudo en el fin de Titus, la horrorosa historia de su último trance, las imágenes de su agonía, las demoledoras consecuencias de su muerte en mi atribulada nieta, pero no quiero entrar en eso ahora, no puedo caer en ello, tengo que alejarlo lo más posible de mi pensamiento. La noche aún es joven, y sin moverme de la cama, con los ojos clavados en la oscuridad, en una tiniebla tan impenetrable que no se alcanza a ver el techo, me pongo a recordar la historia que empecé anoche. Eso es lo que hago cuando no logro conciliar el sueño. Me quedo tumbado en la cama y me cuento historias. Quizá no sean gran cosa, pero siempre y cuando no me salga de ellas, me evitan pensar en cosas que prefiero olvidar. La concentración, sin embargo, puede darme problemas, y las más de las veces mis pensamientos acaban derivando de la historia que pretendo contar a las cosas en las cuales no quiero pensar. No hay nada que hacer. Fracaso una y otra vez, hay más chascos que aciertos, pero eso no quiere decir que no ponga todo mi empeño.

Lo metí en un hoyo. Parecía un buen comienzo, una prometedora manera de poner las cosas en marcha. Situar a un hombre dormido en un pozo, para luego ver lo que pasa cuando se despierte e intente salir trepando. Me refiero a una profunda concavidad en el suelo, de unos tres metros de honda, excavada en forma de círculo perfecto, con paredes verticales de tierra sólida, muy compacta, tan dura que la superficie tiene una textura de arcilla modelada, de vidrio incluso. En otras palabras, cuando el hombre abra los ojos no conseguirá salir del hoyo. A menos que disponga de una serie de aparejos de montaña —martillo y crampones, por ejemplo, o una cuerda para echar un lazo a un árbol cercano—, pero este hombre no tiene herramientas, y una vez que recobre la conciencia, enseguida comprenderá la naturaleza del aprieto en que se encuentra.

Y así es. El hombre se despierta y descubre que está tendido de espaldas, mirando al cielo de un atardecer sin nubes. Se llama Owen Brick, y no tiene ni idea de cómo ha ido a parar allí, no guarda recuerdo alguno de cómo ha caído en ese agujero cilíndrico, que según sus cálculos tendrá aproximadamente tres metros y medio de diámetro. Se incorpora. Para su sorpresa, va vestido con un uniforme parduzco de lana áspera. Tiene la cabeza cubierta con una gorra, y lleva un par de robustas y gastadas botas de cuero negro, bien atadas por encima de los tobillos con una doble lazada. En las mangas de la chaqueta ostenta dos galones, lo que indica que el uniforme pertenece a un militar con el rango de cabo. Esa persona podría

ser Owen Brick, pero el hombre del hoyo, cuyo nombre es Owen Brick, no recuerda haber servido en el ejército ni combatido en guerra alguna en ningún momento de su vida.

A falta de otra explicación, supone que ha perdido temporalmente la memoria a consecuencia de algún golpe recibido en la cabeza. Sin embargo, al pasarse la punta de los dedos por el cuero cabelludo en busca de rasguños o chichones, no encuentra indicios de bultos, ni heridas ni arañazos, nada que sugiera la existencia de ese golpe. ¿Qué ha sido, entonces? ¿Ha sufrido algún trauma que le ha mermado las facultades, haciéndole perder el uso de gran parte del cerebro? Tal vez. Pero a menos que le venga de pronto el recuerdo de ese trauma, no tendrá medio de saberlo. Seguidamente, empieza a explorar la posibilidad de que esté durmiendo en la cama, en su casa, atrapado en un sueño extrañamente lúcido, un sueño tan verosímil y absorbente que la frontera entre lo real y lo imaginario se ha difuminado hasta casi desaparecer. Si eso es cierto, entonces no tiene más que abrir los ojos, levantarse de la cama y dirigirse a la cocina a prepararse el café del desayuno. Pero ¿cómo se pueden abrir los ojos cuando ya están abiertos? Parpadea unas cuantas veces, en un intento pueril de romper el encantamiento; pero no hay hechizo alguno, y la cama mágica no llega a materializarse.

En lo alto, una bandada de estorninos atraviesa su campo de visión durante cinco o seis segundos, desapareciendo luego hacia el crepúsculo. Brick se pone en pie para inspeccionar su entorno, y entonces

nota que le abulta un objeto en el bolsillo delantero izquierdo del pantalón. Resulta ser una cartera, la suya, y además de setenta y seis dólares estadounidenses, contiene un carné de conducir expedido por el estado de Nueva York a un tal Owen Brick, nacido el 12 de junio de 1977. Eso confirma lo que Brick ya sabe: que es un individuo cercano a la treintena con domicilio en Jackson Heights, en el barrio de Queens. Sabe asimismo que está casado con una mujer llamada Flora y que durante los últimos siete años ha trabajado como mago profesional, actuando principalmente en fiestas de aniversario infantiles por toda la ciudad con el nombre artístico del Gran Zavello. Tales hechos no hacen sino ahondar el misterio. Si tan seguro está de quién es, ¿cómo ha acabado entonces en el fondo de ese pozo, vestido con uniforme de cabo, nada menos, sin documentos, ni placa ni identificación que acredite su condición militar?

No tarda mucho en comprender que escapar de allí es totalmente imposible. La pared circular es muy alta, y cuando le da un puntapié con la bota con idea de hacer una marca y crear una especie de punto de apoyo que le permita escalarla, sólo consigue hacerse daño en el dedo gordo. La noche cae rápidamente, y va haciendo frío, un frío húmedo de primavera que le va calando hasta los huesos, y aunque ha empezado a tener miedo, de momento está más confuso que asustado. Sin embargo, no puede por menos de gritar pidiendo auxilio. Hasta ahora, todo ha estado en silencio a su alrededor, señal de que se encuentra en algún

lugar remoto y despoblado de la campiña, sin más ruido que el ocasional grito de un pájaro y el murmullo del viento. Como cumpliendo una orden, sin embargo, como obedeciendo a cierta lógica sesgada de causa y efecto, en el momento en que grita la palabra SOCORRO, un fragor de artillería estalla a lo lejos, y el oscuro cielo se alumbra con cometas que van dejando una estela de destrucción. Brick oye ametralladoras, granadas que explotan, y bajo todo eso, sin duda a kilómetros de distancia, un apagado coro de alaridos humanos. Es la guerra, comprende entonces, y él combate en ella, pero sin arma alguna a su disposición, no podrá defenderse si lo atacan, y por primera vez desde que se despertó en el hoyo, siente verdadero pánico.

Las detonaciones se prolongan más de una hora, para luego disiparse poco a poco hasta que se hace el silencio. No mucho después, Brick oye un tenue sonido de sirenas, que atribuye a coches de bomberos que acuden velozmente a los edificios dañados durante el asalto. Luego las sirenas se apagan a su vez y la calma descende sobre él una vez más. Además de asustado y aterido de frío, Brick está agotado, y tras pasear en torno a los confines de su cárcel cilíndrica hasta que las estrellas aparecen en el firmamento, se tiende en el suelo y logra dormir al fin.

A la mañana siguiente, muy temprano, lo despierta una voz que lo llama desde arriba del hoyo. Brick alza la cabeza y ve el rostro de un hombre asomado por el borde, y como sólo puede verle la cara, supone que está tumbado boca abajo.

Cabo, dice el desconocido. Cabo Brick, es hora de marcharse.

Brick se pone en pie, y ahora que sus ojos están sólo a un metro o metro treinta del rostro del desconocido, ve que se trata de un individuo de tez morena, mandíbula cuadrada y barba de dos días, que lleva una gorra militar idéntica a la que él tiene puesta en la cabeza. Antes de que Brick pueda protestar siquiera para decir que por mucho que desee largarse de allí no está en condiciones de hacerlo, el rostro del hombre desaparece.

No te preocupes, le oye decir. Te sacaremos de ahí en un periquete.

Unos momentos después, se oye el ruido de un martillo o un mazo golpeando sobre un objeto metálico, y como el sonido se va apagando a cada golpe sucesivo, Brick se pregunta si el desconocido está hincando una estaca de hierro en el suelo. Porque si es así, entonces puede que dentro de poco ate a la estaca una cuerda mediante la cual él podrá trepar y salir del hoyo. Cesa el ruido metálico, pasan otros treinta o cuarenta segundos, y entonces, tal como Brick suponía, cae una cuerda a sus pies.

Brick practica la magia, no el culturismo, y aunque trepar por un metro de cuerda no constituya un esfuerzo excesivamente agotador para un hombre de treinta años en buen estado de salud, a él en cambio le cuesta mucho izarse hasta arriba. La pared no le sirve de ayuda, pues la suela de las botas le resbala continuamente por la lisa superficie, y cuando intenta asegurar los pies en la cuerda, no consigue sujetarse

bien, lo que supone que debe recurrir exclusivamente a la fuerza de los brazos, y como los suyos no son ni fuertes ni musculosos, y la cuerda es de un material áspero y por tanto le irrita la palma de las manos, esa sencilla operación se convierte en una verdadera batalla. Cuando por fin llega al borde del pozo y el desconocido le da la mano derecha y tira de él hasta ponerlo a nivel del suelo, Brick está sin aliento y asqueado de sí mismo. Tras una actuación tan penosa, espera que su ineptitud sea objeto de burla, pero por algún milagro el desconocido se abstiene de hacer comentario vejatorio alguno.

Mientras se pone trabajosamente en pie, Brick observa que el uniforme de su salvador es igual que el suyo, con la única excepción de que lleva tres galones en la manga, y no dos. Hay una espesa niebla en el ambiente, y le resulta difícil hacerse una idea de dónde se encuentra. En algún sitio solitario del campo, tal como suponía, pero la ciudad o el pueblo que anoche fue víctima del ataque no se ve por parte alguna. Lo único que distingue con claridad es la estaca de metal con la cuerda atada y un jeep lleno de barro estacionado a unos tres metros del hoyo.

Cabo, dice el desconocido, tendiendo la mano a Brick y estrechándosela con un apretón firme y entusiasta. Soy tu sargento, Serge Tobak. Pero me suelen llamar Sarge Serge.

Brick baja la cabeza y mira al desconocido, que por lo menos es quince centímetros más bajo que él, y repite con voz queda: Sarge Serge.

Ya lo sé, dice Tobak. Muy gracioso. Pero me que-

dé con ese mote, y no hay nada que hacer. Si no puedes con el enemigo, únete a él, ¿no?

¿Qué estoy haciendo aquí?, pregunta Brick, tratando de disimular la angustia de su voz.

Tranquilo, muchacho. Estás combatiendo en una guerra. ¿Qué creías que era esto? ¿Una excursión al parque de atracciones?

¿Qué guerra? ¿Significa eso que estamos en Irak?

¿Irak? ¿A quién le importa Irak?

Estados Unidos está librando una guerra en Irak. Todo el mundo lo sabe.

Que le den por culo a Irak. Esto es Norteamérica, y Norteamérica está luchando contra Norteamérica.

Pero ¿de qué habla?

De guerra civil, Brick. ¿Es que no te has enterado de nada? Éste es el cuarto año. Pero ahora que has aparecido, todo se acabará enseguida. Tú eres quien va a decidir el curso de los acontecimientos.

¿Cómo sabe mi nombre?

Estás en mi pelotón, atontado.

¿Y qué me dice del hoyo? ¿Qué hacía yo ahí abajo?

Procedimiento normal. Todos los nuevos reclutas se nos presentan así.

Pero yo no me he alistado. No me han reclutado.

Pues claro que no. Nadie se alista. Pero así son las cosas. Resulta que estás viviendo tu vida, y de pronto te encuentras metido en la guerra.

Brick está tan confuso por las informaciones de Tobak que no sabe qué decir.

La cosa es así, insiste el sargento. Tú eres el imbécil que han elegido para la gran tarea. No me pregun-

tes por qué, pero el estado mayor considera que eres el más indicado para la misión. A lo mejor es porque nadie te conoce, o quizá porque tienes un aire de, ¿cómo decir...?, una cara de soso que a nadie se le ocurriría pensar que eres un asesino.

¿Asesino?

Eso es, asesino. Pero yo prefiero utilizar el término *liberador*. O *artífice de la paz*. Llámese como se quiera, sin ti nunca acabará la guerra.

A Brick le encantaría echar a correr en ese mismo momento, pero como está desarmado, no se le ocurre otra cosa que seguirle la corriente.

¿Y a quién tengo que eliminar?, pregunta.

Más bien sería *qué* en vez de *a quién*, contesta enigmáticamente el sargento. Ni siquiera conocemos su nombre. Podría ser Blake. Quizá sea Black. Puede que Bloch. Pero sabemos su dirección, y si todavía sigue allí, no creo que tengas problema alguno. Te proporcionaremos un contacto en la ciudad, pasarás a la clandestinidad, y en unos cuantos días todo habrá acabado.

¿Y por qué merece morir ese hombre?

Porque la guerra es cosa suya. Es un producto de su imaginación, y todo lo que ocurre o está a punto de ocurrir se encuentra en su cabeza. Si se elimina esa cabeza, cesará la guerra. Así de sencillo.

¿Sencillo? Según lo describe usted, parece Dios.

No es Dios, cabo, sólo un hombre. Se pasa el día entero sentado en una habitación, escribiéndolo todo, y cualquier cosa que escribe se convierte en realidad. Los informes del servicio secreto dicen que vive ator-

mentado por la culpa, pero que no lo puede remediar. Si ese cabrón tuviera cojones para volarse la tapa de los sesos, no estaríamos hablando de esto ahora.

Me está diciendo que es un relato, que alguien está escribiendo una historia de la que todos formamos parte.

Algo así.

Y cuando muera, ¿qué ocurrirá? Terminará la guerra, pero ¿qué nos pasará a nosotros?

Todo volverá a la normalidad.

O a lo mejor nos esfumamos.

Puede. Pero es un riesgo que tenemos que correr. Mata o muere, hijo. Más de trece millones han muerto ya. Si las cosas siguen más tiempo así, la mitad de la población habrá desaparecido antes de que nos demos cuenta.

Brick no tiene intención de matar a nadie, y cuanto más escucha a Tobak, más se convence de que el sargento está loco de atar. De momento, sin embargo, no le queda otro remedio que hacer que lo entienda, actuar como si estuviera impaciente por llevar a cabo la misión.

Sarge Serge se dirige al jeep, coge una abultada bolsa de plástico de la parte de atrás y se la entrega a Brick.

Tu nueva indumentaria, le dice, y allí mismo, al aire libre, ordena al mago que se quite el uniforme militar y se ponga la ropa de civil que contiene la bolsa: vaqueros negros, camisa azul oscuro, jersey rojo con cuello de pico, cinturón, cazadora de piel marrón, y zapatos de cuero negros. Seguidamente le da

una mochila de nailon verde con más prendas, utensilios para afeitarse, cepillo y pasta de dientes, cepillo para el pelo, un revólver calibre treinta y ocho, y una caja de balas. Por último, Brick recibe un sobre con veinte billetes de cincuenta dólares y un papel con el nombre y la dirección de su contacto.

Lou Frisk, dice el sargento. Buen tipo. Ve a verlo en cuanto llegues a la ciudad, y él te dirá todo lo que necesitas saber.

¿De qué ciudad estamos hablando?, pregunta Brick. No tengo ni idea de dónde estoy.

De Wellington, le informa Tobak, dando media vuelta a la derecha y apuntando con el dedo a la densa niebla matinal. A unos veinte kilómetros hacia el norte. No tienes más que seguir por esta carretera, y estarás allí a media tarde.

¿Es que tengo que ir andando?

Lo siento. Te llevaría en el coche, pero es que voy en la otra dirección. Mis hombres me esperan.

¿Y el desayuno? Veinte kilómetros con el estómago vacío...

Eso también lo siento. Tenía que traerte un sándwich de huevo y un termo de café, pero se me ha olvidado.

Antes de marcharse para reunirse con sus hombres, Sarge Serge tira de la cuerda y la saca del hoyo, arranca la estaca metálica del suelo y tira ambas cosas a la parte de atrás del jeep. Se sube luego al coche, se pone al volante y arranca el motor. Dirigiendo a Brick un saludo de despedida, dice:

Aguanta firme, soldado. En mi opinión no tienes

mucha pinta de asesino, pero ¿yo qué sé? Nunca acierto en nada.

Sin una palabra más, Tobak pisa el acelerador y desaparece de pronto, perdiéndose entre la niebla en cuestión de segundos. Brick no se mueve. Está hambriento y con frío, tan inquieto como asustado, y durante más de un minuto permanece inmóvil en medio de la carretera, preguntándose qué va a hacer ahora. Finalmente, empieza a tiritar bajo el frío glacial. Eso es lo que decide la situación. Ha de moverse, entrar en calor, y así, sin la menor idea de lo que le espera, da media vuelta, mete las manos en los bolsillos, y emprende la caminata hacia la ciudad.

Arriba acaba de abrirse una puerta, y oigo ruido de pasos que cruzan el pasillo. Miriam o Katya, no sé cuál de las dos será. La puerta del cuarto de baño se abre y se cierra; débil, muy tenuemente, detecto la música familiar de la orina cayendo en el agua, pero la que esté meando es lo bastante considerada como para no tirar de la cadena y correr el riesgo de despertar a toda la familia, aunque dos tercios de sus miembros ya estén despiertos. Entonces se abre la puerta del baño, se oyen de nuevo las cuidadosas pisadas por el pasillo y se cierra la puerta de una habitación. Si tuviera que decidirme, diría que era Katya. La pobre, afligida Katya, tan resistente al sueño como su inválido abuelo. Me encantaría estar en condiciones de subir las escaleras, entrar en su dormitorio y charlar un rato con ella. Contarle alguno de mis chistes malos,

quizá, o si no pasarle simplemente la mano por la cabeza hasta que cerrara los ojos y se quedara dormida. Pero en silla de ruedas no se puede subir la escalera, ¿verdad? Y si cogiera la muleta, lo más probable es que me cayera en la oscuridad. Maldita sea esta pierna idiota. La única solución sería que me crecieran alas, un par de alas gigantescas del más suave y blanco plumón. Entonces subiría como una flecha.

Desde hace un par de meses, Katya y yo nos pasamos el día viendo películas. Sentados uno al lado del otro en el sofá de la sala de estar, sin quitar la vista del televisor, tragándonos dos, tres y hasta cuatro películas seguidas, haciendo luego un descanso para cenar con Miriam, y una vez terminada la cena, de vuelta al sofá a ver una o dos más antes de irnos a la cama. Debería estar trabajando en mi libro, las memorias que prometí escribir a Miriam cuando me jubilé hace tres años, la historia de mi vida, los anales de la familia, la crónica de un mundo desaparecido, pero lo cierto es que prefiero estar sentado en el sofá con Katya, su mano en la mía, su cabeza en mi hombro, sintiendo cómo se me entumece el cerebro con la interminable procesión de imágenes que desfila por la pantalla. Trabajé en él durante más de un año, acumulando un considerable montón de páginas, la mitad de la historia, calculo, puede que algo más, pero por lo visto se me han quitado las ganas. Tal vez fue cuando murió Sonia, no sé, el final de la vida de casado, el abandono, la puta soledad de estar sin ella, aunque el hecho de estrellarme luego con aquel coche alquilado, destrozándome la pierna y estando en un

tris de haberme matado, puede que influyera también: la indiferencia, la impresión de que al cabo de setenta y dos años en este mundo, ¿a quién le importa que yo me ponga a escribir sobre mi vida? Nunca fue algo que suscitara mi interés, ni siquiera cuando era joven, y desde luego jamás he tenido aspiraciones literarias. Me gustaba leer, eso sí, leer libros y escribir luego algún comentario, pero siempre he sido un velocista, nunca un corredor de fondo, un galgo que trabajó cuarenta años contra reloj, un experto redactando artículos de setecientas palabras, crónicas de quinientas, columnas bisemanales o encargos ocasionales para alguna revista, y ni sé los miles de reseñas que habré vomitado. Decenios de gacetillas, montañas de papel de periódico quemado y reciclado, y a diferencia de la mayoría de mis colegas, nunca he sentido inclinación por coleccionar las buenas, suponiendo que hubiera alguna, para volver a publicarlas en forma de libros que ninguna persona en su sano juicio se molestaría en leer. Dejemos que mis memorias a medio terminar acumulen un poco de polvo, de momento. A punto de acabar su biografía de Rose Hawthorne, Miriam trabaja con afán, robando horas al sueño, dedicándole los fines de semana, los días en que no tiene que coger el coche para ir a Hampton a sus cursos, y de momento quizá sea suficiente con una escritora en la casa.

¿Dónde estaba? Con Owen Brick... Owen Brick caminando por la carretera hacia la ciudad. El aire frío, la confusión, una segunda guerra civil en Norteamérica. Un prelude de algo, pero antes de que re-

suelva qué hacer con mi aturdido mago, necesito unos momentos para reflexionar sobre Katya y las películas, puesto que aún estoy por decidir si es buena o mala cosa. Cuando empezó a encargarse los DVD por Internet, lo consideré una señal de progreso, un pequeño paso hacia delante. Aunque no fuera más que eso, me indicaba que estaba dispuesta a distraerse, a pensar en algo distinto de su Titus muerto. Estudia cinematografía, al fin y al cabo, se está preparando para ser montadora, y cuando la avalancha de DVD empezó a inundar la casa, me pregunté si estaría pensando en volver a la escuela o, en todo caso, a proseguir su formación por sí sola. Al cabo de un tiempo, sin embargo, empecé a considerar esa verdadera obsesión de ver películas como una forma de automedicación, un remedio homeopático para anesthesiarse contra la necesidad de pensar en su futuro. No es lo mismo evadirse en una película que en un libro. Los libros obligan a dar algo a cambio, a utilizar la inteligencia y la imaginación, mientras que una película puede verse —e incluso disfrutarse— en un estado de irreflexiva pasividad. Dicho lo cual, no pretendo sugerir que Katya se haya hecho de piedra. Sonríe y a veces hasta emite una risita durante las escenas graciosas de las comedias, y sus conductos lacrimales se han activado con frecuencia ante las escenas emotivas de los dramas. Tiene algo más que ver con la postura, creo yo, con la manera en que se recuesta en el sofá con las piernas estiradas sobre la mesa auxiliar, sin moverse durante horas y horas, sin molestarse siquiera en coger el teléfono, apenas dando señales de vida

salvo cuando la abrazo o le cojo la mano. Probablemente sea culpa mía. La he animado a llevar esa existencia apagada, y puede que deba ponerle fin; aunque dudo que me escuche si lo intento.

Por otro lado, hay días mejores que otros. Siempre que terminamos una película, charlamos un poco sobre ella antes de que Katya ponga la siguiente. Normalmente me gusta discutir la historia y la calidad de la interpretación, pero sus observaciones tienden a centrarse en los aspectos técnicos de la película: la posición de la cámara, el montaje, la iluminación, el sonido, y esas cosas. Sólo que esta noche, sin embargo, después de ver tres películas extranjeras seguidas –*La gran ilusión*, *Ladrón de bicicletas* y *El mundo de Apu*–, Katya ha hecho unos comentarios sagaces e incisivos, esbozando una teoría de la realización cinematográfica que me ha impresionado por su perspicacia y originalidad.

Objetos inanimados, enunció.

¿Qué pasa con ellos?, pregunté yo.

Objetos inanimados como medio de expresar emociones humanas. En eso consiste el lenguaje cinematográfico. Sólo los buenos directores saben cómo hacerlo, pero Renoir, De Sica, y Ray son tres de los mejores, ¿verdad?

Sin duda.

Piensa en las primeras escenas de *Ladrón de bicicletas*. El protagonista encuentra trabajo, pero para llevarlo a cabo necesita desempeñar la bicicleta. Se va a casa sintiendo lástima de sí mismo. Y allí está su mujer, en la calle, cargando con dos pesados cubos de

agua. Toda su pobreza, todos los esfuerzos de esa mujer y su familia están contenidos en esos cubos. El marido está tan enfrascado en sus propios problemas, que ni se molesta en ayudarla hasta que casi están dentro de la casa. E incluso entonces, sólo le coge un cubo, dejando que ella cargue con el otro. Todo lo que nos hace falta saber sobre su matrimonio se nos muestra en esos pocos segundos. Luego suben las escaleras hasta su piso, y a la mujer se le ocurre la idea de empeñar la ropa de cama para recuperar la bicicleta. Recuerda la violencia con que da una patada al cubo en la cocina, la agresividad con que abre el cajón de la mesa. Objetos inanimados, emociones humanas. Luego pasamos a la casa de empeños, que no es una casa, realmente, sino un sitio enorme, una especie de almacén de objetos superfluos. La mujer vende las sábanas, y seguidamente vemos a uno de los empleados que lleva el pequeño paquete a los estantes donde se depositan los artículos empeñados. Al principio, las estanterías no parecen muy altas, pero entonces la cámara retrocede, y mientras el empleado empieza a subir, vemos que se alargan hacia arriba cada vez más, hasta llegar al techo, y cada estante y casillero rebosa de paquetes idénticos al que ahora está guardando, y de pronto parece que todas las familias de Roma han vendido la ropa de cama, que toda la ciudad se encuentra en la misma situación de miseria que el protagonista y su mujer. En una sola toma, abuelo. En una sola toma se nos ofrece el retrato de toda una sociedad que vive al borde del desastre.